

AGENDA CIUDADANA

NI LO DE ANTES NI LO ACTUAL: OTRA VIA

Lorenzo Meyer

Reconsiderar. Hace treinta años, a raíz de la gran crisis económica y de la reconfiguración de la elite mexicana, se condenó el modelo económico entonces vigente y se optó por otro muy diferente pero que, a la larga, resultó peor.

Veamos cifras. Entre 1963 y 1981, cuando el desarrollo mexicano tenía como eje una industrialización basada en la protección y fomento de una planta productiva local, el crecimiento promedio anual del PIB fue de 6.2%. En contraste, de 1982 -cuando estalló la crisis de la deuda externa y se aceptó que la economía debía reformarse a fondo- a la actualidad, ese promedio es de apenas 2.3%. Tres decenios de mediocridad no fue lo prometido por quienes introdujeron en los 1980 una “cura de caballo” económica aduciendo que tras el dolor vendría la prosperidad.

La crisis de 1982 fue traumática: un endeudamiento externo público y privado gigante -equivalente a poco más del 65% del PIB- y una duda profunda sobre la viabilidad del país. En 1984 el valor total de lo producido en México cayó en 21.6% respecto a 1982 ¡Pasarían ocho años antes de que ese indicador se recuperara! En medio de la sensación generalizada de ahogo, y apoyado en y por una corriente ideológica ya dominante en Occidente, un puñado de tecnócratas encabezados por Carlos Salinas tomó el poder y llevó un cambio radical en la economía política. El salinismo adoptó con el fervor del converso la doctrina del neoliberalismo y su tabla de diez mandamientos: el "Consenso de Washington" (1989): encogimiento del Estado, reducción del gasto público, libre comercio, liberalización financiera, reforma fiscal, apertura a la inversión externa, etc.

Salinas asumió la presidencia en una atmósfera de ilegitimidad. Esa situación lo espoleó a acelerar su proyecto, cuyo punto culminante fue la firma del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN).

Treinta años más tarde, y tras el fracaso reiterado del intento salinista de devolver vigor a la economía y generar el empleo que el “bono demográfico” mexicano demanda, estamos obligados a replantear las bases de su propuesta. Ni duda que desde la presidencia de Luis Echeverría ya eran evidentes las fallas de fondo en la economía: déficit externo sistemático, ineficiencia productiva también sistemática pero protegida por defensas arancelarias y burocráticas, etcétera. El descubrimiento entonces de los fabulosos depósitos petroleros de Cantarell permitió posponer el momento de la verdad, del gran ajuste, pero al final el auge petrolero agudizó el problema. La supuesta solución neoliberal que siguió, acabó con gran parte de la planta industrial nacional para apostar todo al TLCAN. Se aseguró que "la mejor política industrial es no tener política industrial" y se abrió la puerta a cualquier inversión extranjera. Eso terminó por crear una industrialización de maquila (México exporta muchos autos pero sus plantas importan buena parte de sus insumos), desligada del resto de la economía y donde el mexicano común y corriente simplemente no vislumbra, porque no lo hay, un futuro aceptable.

Ideas. En una conferencia en El Colegio de México titulada "La política industrial: única vía para salir del subdesarrollo", el profesor José Romero abrió con una gráfica tan simple como reveladora: la comparación del crecimiento del ingreso per cápita de Corea del Sur y de México a partir de 1950. Hasta 1982 las curvas de ambos países marchaban en paralelo, con la de México por arriba. A partir del 82 se separaron y mientras la de México permaneció casi horizontal la de Corea ascendió espectacularmente y para 2013 el ingreso promedio en Corea era ya más del doble que en México.

Para Romero, la médula de la explicación es que mientras México aceptó eso de que la mejor política industrial era no tenerla y dejar todo a la lógica del mercado, Corea -un país pobre y agrícola en 1950- no siguió la receta y se empeñó en diseñar una política industrial propia que al final ha tenido un éxito espectacular y donde nosotros podemos encontrar lecciones importantes.

El Modelo Alternativo. Algunos pasos seguidos por Corea y desdeñados por México pero que estamos obligados a reconsiderar son, en primer lugar, que eso de apegarse a las "ventajas comparativas" aconsejado por los clásicos hubiera llevado a Corea del Sur a ser hoy un estupendo productor de arroz pero no de autos o electrónicos. Para esto último fue necesaria una agresiva e inteligente política de protección industrial, pero no general sino sólo de sectores clave dentro de un proyecto de largo plazo y obligándoles, a base de incentivos y castigos, a ser eficientes y a conectarse con otras ramas de la economía: una mezcla de mercado y dirigismo enmarcados por un proyecto nacional. Otro elemento central fue una política selectiva frente a la inversión externa directa, condicionándola a contribuir con un elemento crucial: dar acceso a la tecnología de punta a la industria local.

En fin, ningún modelo externo se debe o puede copiar pero si puede inspirar la elaboración del propio. En cualquier caso, México está más que obligado a intentar salir del marasmo en que lo dejó el neoliberalismo; una política industrial inteligente puede ser la base de un nacionalismo defensivo, sano, que tanta falta nos hace.

RESUMEN: "VOLVER A TENER UNA POLÍTICA INDUSTRIAL PUEDE SER UNA FORMA DE SUPERAR NUESTRO ESTANCAMIENTO ECONÓMICO. NO SERIA FACIL PERO TAMPOCO IMPOSIBLE"

www.lorenzomeyer.com.mx
agenda_ciudadana@hotmail.com